

# Elin Cullhed

# Euforia

Una novela sobre Sylvia Plath

Traducción de **Ainize Salaberri**

Navona

**Primera edición**

Octubre de 2022

**Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU**

Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

**Dirección editorial** Ernest Folch

**Edición** Estefanía Martín

**Diseño gráfico** Alex Velasco y Gerard Joan

**Maquetación y corrección** Moelmo

**Papel tripa** Oria Ivory

**Tipografías** Heldane y Studio Feixen Sans

**Imagen de la cubierta** Sara R. Acedo

**Distribución en España** UDL Libros

**ISBN** 978-84-19311-16-0

**Depósito legal** B 10784-2022

**Impresión** Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

**Título original** *Eufori*

© Elin Cullhed, 2021

Publicado por acuerdo con Ahlander Agency

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2022

© de la traducción: Ainize Salaberri, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

*Para mamá*



*Euforia* es una ficción sobre Sylvia Plath que no debería leerse como una biografía. Los episodios y personajes del libro, aunque coincidan con la realidad, se han convertido en ficción y fantasía literaria en el contexto de la novela. Por lo tanto, Sylvia Plath también se ha transformado en esta obra en un personaje de ficción.



*7 de diciembre de 1962, Devon*

## 7 RAZONES PARA NO MORIR:

1. La piel. No volver a sentir jamás la piel de mi amado hijo Nicholas, cuando hace el payaso en la cama y le roza la espalda con la nariz. Frieda, que necesita que le hagan cosquillas para sentirse viva y se tranquiliza con una carcajada que después la purifica. Mi piel forcejea con la suya y sabe que seremos siempre la misma carne por los siglos de los siglos amén. Oh, no volver a sentir jamás sus palpitantes pulsos que nacieron de mí. Nunca podré dejar de vivir para ellos, por mucha piel de Ted que posean, esa piel de serpiente que abre sus fauces y aprisiona la presa entera en su boca hasta que te ahoga.

2. El tiempo. Quiero ver crecer a mis hijos y limpiarles las rodillas mientras aprenden a montar en bicicleta; quiero desatarme el nudo del cuello y reírme de él a la cara (solo porque las serpientes son patológicamente egocéntricas) cuando busca la siguiente presa y yo estoy ocupada viviendo. Quiero chupar una piruleta y sentir que el azúcar y el tiempo se disuelven en mi interior; quiero despertarme un día de verano, tener una taza de café en la mano y ponerme a escribir como

alma que lleva el diablo hasta que el tiempo se detenga y esté protegida, fluctúe como el agua del mar y me perdone. Tiempo, quiero que me perdones. También deseo sentir cómo el tiempo consigue que todo sea jodidamente perdonable; cómo logra que las fresas vuelvan a caer produciendo ese sonidito, «plaf» (aunque la muerte esté tan cerca y lo que sigue sea la descomposición); cómo hace que la gente se despierte de nuevo sobre sus almohadas y finja una vez más que todo está bien.

Dios, ahora me siento tan bien...; ahora que voy a morir. Veo todo con mucha más claridad que antes. Siempre viviré para morir; es como la heroína, como el furor de ver a un antiguo amor perder todo el oxígeno porque ha consumido por completo el aire que rodeaba su armadura. La piel de serpiente muda; la piel palidece como un trapo olvidado en una playa británica. Yo, en cambio, prefiero la inmólación: estoy convencida de la superioridad del fuego como metáfora de mi propia vida. Oh, el fuego que no puede recibirse con los brazos abiertos. Oh, alerta, porque el fuego ha alcanzado la escritura de un hombre vivito y coleando que él confunde con material para el premio Nobel. Digo: el futuro me recordará. Así que no he de ser piel, tiempo ni principios de los sesenta, porque el tiempo se transformará en mí sin que yo tenga que hacer nada. Prístino, como una palabra sublime en una resplandeciente página de poesía. Ted dejará las páginas de mi libro impolutas, igual que he hecho yo con su horrible camisa. Se marchitará como la manzana del paraíso en el lodo otoñal. Una de las manzanas silvestres japonesas que tenemos aquí.

3. No volver a follar ni a sentir el calor de la estaca mientras se abre camino por mi carne, me convierte en animal y me anula. No tendría que morir si alguien quisiera follarme todos los días, ja, ja. No citéis esa frase, pero sentíos libres de enseñársela a mi madre, el ser humano menos follado de la historia (y, por lo tanto, rancia, reseca y banal; mirar a través de ella es como mirar a través de un vaso de agua; mi madre es un vaso de agua, necesario para la supervivencia pero profundamente aburrido y sosamente predecible; me ha hecho ser desdeñosa respecto a la muerte y odiar a las mujeres, cuando son precisamente ellas las que podrían ayudarme; me ha hecho sentir como si no necesitara agua, como si estuviera más allá del agua, no soy una criatura que necesite agua, no soy un mamífero, estoy por encima de ti que tienes una sed mortal, odio el agua, ¡prescindid de mi vaso de agua diario!).

4. CONCEDÉRSELO. Concederle que he muerto y que todas sus profecías eran ciertas. «Sería más fácil si estuvieses muerta», como me dijo entre dientes el pasado verano con el fin de armarse de valor para dejarme. «Tú y tu rayo de muerte, anhelas la muerte de un modo especial», y me gruñó diciendo que yo lo mataba todo. No quiero concedérselo. Quiero estar de pie en el centro del círculo, y brillar y vivir. Si no lo hago yo en mi vida, ¿quién lo hará entonces? No quiero regalarle la historia de mi vida y que él declare: «Sí, niños, vuestra madre era una persona especial, no siempre estaba bien, amaba la vida cuando fluía hacia ella como el oro, pero la vida también tiene aristas afiladas, frialdad y bacterias en marzo, y se rompe. Tenemos que honrar su memoria, niños, debemos contar sus historias y todos los años, cuando florezcan

los narcisos, podremos coger un ramo en su honor. La voz de vuestra madre, Sylvia, era profunda y fuerte, pero nunca consiguió abandonar su cuerpo e imprimirse en el papel, por eso ansiaba desesperadamente apagar su cuerpo y dejar que fuera su espíritu el que siguiese adelante. Lo que ha escrito para la posteridad tenía más valor para ella que su vida con nosotros». Bla, bla, bla. ¡Que le jodan! No quiero darle los mejores años de mi vida. Para que Olwyn, su hermana mayor, se quede ahí de pie con sus piernas de hierro y los brazos cruzados, y afirme: «Oh, sí, lo he dicho desde la primera vez que la vi, no llegarás lejos con esa mujer, Ted. Su frágil fortaleza, ese velo de duelo que le cruzaba la cara y que desaparecía con tanta facilidad con el uso del sarcasmo, que hacía temblar todo su ser, y que convertía una gran sonrisa en una simple mueca. Una pequeña diabla, Ted, un bomboncito, una norteamericana débil con el corazón recubierto de celofán. La poseerás un tiempo, después se derretirá como el azúcar bajo la lluvia. ¡Créeme!».

Y él escuchaba a su hermana, se venía arriba y pensaba: «Sí, fui un tonto por intentar amarla, porque no podía ser amada».

Cuando la realidad es que en su casa no hay espacio para el amor. Su hogar, de donde viene, donde trabajas, sonríes y resistes, ese lugar en el que los sentidos, la estética y el modo en el que interactúas NO IMPORTAN. En su casa no hay cultura de ningún tipo, no hay nada noble, no hay refinamiento alguno; allí eres chabacano y grosero, y tienes malos modales. ¿Cómo voy a tener yo la culpa de ser alguien que podría amar y ser preciosa, y que entró en esta casa, su hogar, en su Inglaterra, en esta cruda herencia de carbón y ropa sucia?

Quería dar lo que tenía, mi ingenio, mi conocimiento, mi don para las palabras y las cosas que veía. Observaciones. Pero mira: el mundo no quiere chicas bonitas y trabajadoras hechas de oro. El mundo no las soporta. El mundo quiere muchachas duras y retorcidas como Olwyn, el tipo de mujer a la que los hombres no aman, que han venido al mundo para abrirse su propio camino, mujeres europeas de la posguerra que saben lo que significa cavar, pero que desconocen el refinamiento intelectual, y la experiencia de enseñar a muchachas en la Smith, y escribir poemas increíblemente geniales en su tiempo libre. Sienten celos, imadre mía, los celos que sienten de alguien como yo!, y aun así son las que llegan a la cima, las triunfadoras en la vida, aunque no soporten lidiar con un hombre, con los niños, y continuar con el linaje real, abrirse de piernas de par en par en la cama y expulsar al mundo un magma reluciente. Olwyn nunca sacrificará una mierda porque jamás se quemará. Se quedará ahí de pie y sonreirá, se aguantará la sonrisa y aguantará, y dejará que la vida le pase por encima hasta que se muera. Nunca va a dar un paso al frente de su propia vida para reformularla, dictarla, moldearla en maravillosas formas, proveerla de criaturas nuevas. Por lo tanto, consigue evitar sentir que el mundo no soporta su fortaleza, su demolidora belleza, su genio. Se reirá de mi muerte, suspirará con mi muerte y envidiará mi muerte porque inunca será tan valiente!

5. El océano y las rocas. Caminar bajo la luz pura una tarde en Winthrop y recoger piedras para mi padre, tener siete años y sentir que la naturaleza que encuentro para él nos une con más firmeza que cualquier otra cosa en el mundo. Los miste-

rios que le regalo los descubriremos nosotros y los cultivaremos con cuidado, como si fuesen los secretos del corazón. El océano me acaricia las piernas bronceadas, y bajo el calor desprende un olor feroz a sal y a algas mojadas, y él me invita a dar un paseo para buscar las conchas más bonitas, las piedras más suaves, de las que más tarde me contará algo. La playa y mi padre, el océano, su eternidad. Quiero a mi padre. Sé que nací de él, que me dio el misterio y la palabra: sinceridad. Cuando he regresado a Winthrop, he dejado de percibir la grandeza de las playas y el océano me aburre; sé que tengo otras tareas aguardándome. Creo que redescubriré la calma y el brillo de la infancia, pero el resultado es simplemente que veo a través de ella y que la traiciono con mis nuevos ojos. Así que quizás esta no sea una razón para vivir. Aunque mis hijos amaran el océano tanto como yo, nunca conocerán a mi padre, su abuelo; nunca dispondrán de sus enormes manos para posar pequeñas piedras redondas. Es, y no es, una razón para vivir, mi padre. Quiero cuidar su recuerdo, defenderlo y dejar que mi cuerpo sea transportado hasta el final de los tiempos como si fuese el ancla de su barco naufragado. Pero también quiero evitar ver el océano, las rocas, las conchas convertidas en fantasmas. Y sentir el traqueteo de la muerte rondándome el cuello.

6. Frieda, ay, Frieda.

7. Nicholas.

Un año antes



La escritura era mi vida.

Era mi cuerpo, mi piel, mis muñecas blancas y relucientes lo que me llevaba en bicicleta por Devon. Cuando me encontraba con una persona conocida temblaba, era como si mis nervios y mis venas colgasen de una fina red fuera de mi cuerpo, y el corazón fuese mi boca; fue mi corazón el que habló y gritó un «¡Hola!» cuando me encontré con una vecina (la esposa del director del banco), que me miró alegremente para evaluar si era una persona normal.

El corazón me golpeó ahí, en el centro. Mi boca. Mi boca roja. Yo era el sujeto, el tema en sí, ¿cómo podría entonces alcanzar mi yo exterior y crear temas propios? ¿Cómo podría situarme lejos del centro de la idea?

Ted lo sabía, por eso se había casado conmigo: yo era los nervios, yo era la sangre, yo era el corazón, yo era la piel blanca, la sarta de perlas, el mármol; yo era la paloma, yo era el ciervo, yo era el topo muerto que encontramos en el suelo; era la chica, la mujer, la madre de sus hijos. Yo era América, yo era todo un continente, yo era el futuro, yo era la idea que él quería descubrir, la persona que él quería colonizar; quería comerme, quería darme cobijo, quería conservarme. Quería traerme desde Estados Unidos, donde nací, y dejarme sentir el pulso de Londres en el corazón, y después quiso instalarme en una casa en el campo, en Devon, entre narcisos

y pájaros. Me compró una bicicleta. Me folló duro en el sofá del gélido salón, era un charco cálido y húmedo debajo de él, y se corrió dentro. Oía a carne y a sangre. A esperma. Después se sintió todopoderoso. Había conquistado América, había ampliado sus propios límites, había perfeccionado su idea: la Mujer que debía morir.

La mujer sentenciada a muerte.

Me había creado.

Me levanté del charco y me lavé sonriendo, feliz. Me había fecundado con sus hijos, su sueño y sus promesas. Inglaterra. Estaba en su tierra. En sus cazas de liebres. Sus manzanos, setenta y uno (conté setenta y dos). Sus palabras, sus árboles, su escritura. Su voz. Completé su vida. Permití que uno de sus hijos cayese al universo desde mi carne. Frieda. Una manzana del árbol. La boca roja, el corazón rojo, el pulso rojo. Después yo también sentí que estaba viva. «Nada me ha hecho más feliz que los niños», escribí en una carta a mi madre. Pero también sabía que todo lo que había dicho y escrito (TODA MI VOZ, LO QUE YO ERA) se usaría algún día en mi contra. Mi realidad mutaba a cada minuto, y Ted lo sabía; un minuto estaba satisfecha, al siguiente estaba feliz, al tercero estaba desesperada, al cuarto lloraba, sudaba, anhelaba, deseaba y esperaba.

Nada de todo esto podía tomarse en serio.

Así que cuando la esposa del director del banco se topó conmigo en el centro comercial de la ciudad, cuando ya me las había arreglado para dar con una postura cómoda en el asiento (volvía a estar muy embarazada), deseé ser ella, deseé ser la que estuviera MIRÁNDOLA y no que ella me estuviese mirando a mí. Me miraban a mí, Sylvia, porque debía

de ser mucho más guapa, ¡y aun así no podía verme a mí misma!

Sonreí con firmeza a pesar de mis dificultades respiratorias y me quité las gotas de sudor de la cara. Cálida en la ropa cálida. El centro estaba decorado: la Navidad llegaría en unas semanas. La esposa del director del banco había comprado algo que yo también debería haber comprado; me di cuenta de que no la estaba dejando ocupar el sitio que le pertenecía, sino que, sutilmente, yo también la había colonizado, me había servido de su apariencia puritana en el centro y le había dado el poder de encender la ansiedad y el estrés en mi interior.

—¿Tiene que recoger un paquete? —preguntó.

—Así es; de hecho, deseo fervientemente mantener ciertas suscripciones de los Estados Unidos —contesté, y me arrepentí de haberle dado una respuesta tan larga y elaborada a una pregunta que en realidad era muy simple.

Me pregunté cómo sería ser su amiga, pero reemplacé esa idea por otra: Dios, qué abrigo tan horrible.

—¿Y dónde está Frieda? —preguntó.

Sonreí con vehemencia, bajo el sudor.

—En casa, con su padre —contesté con orgullo.

—Es bueno, su marido —dijo la esposa del director del banco.

—Ted —le recordé—. Ted Hughes.

La esposa del director del banco asintió. Parecía estar rumiando algo.

—¿Les gustaría venir a cenar algún día? A compartir una comida con nosotros. He pensado que ya es hora de que los vecinos nos conozcamos. ¿Les iría bien... mañana?

Tan... tan *prudente*. Por supuesto. Me había pillado. ¡Mira qué lista fue al aprovechar esa oportunidad! Las relaciones entre las personas no eran como en mi país, donde podías decir Te Quiero a alguien con quien solamente habías compartido una comida poco entusiasta y aburrida. Te Quiero: te desprendías con bastante facilidad de un trozo de tu corazón, y eso no significaba necesariamente que estuvieses adentrándote en una alianza particularmente íntima. Pero aquí, en Inglaterra, parecía que socializar requería de una estricta disposición regulatoria: no socializabas porque quisieras, sino porque sentías que era una especie de obligación. «Ya es hora de que los vecinos. Debemos. No puede ser que vivamos puerta con puerta y que nos veamos todos los días sin mostrarnos también quiénes somos, sin enseñarnos los viejos muebles polvorientos que tenemos en casa». Oh, no podía soportarlo. Pero tampoco podía soportar mirarla a los ojos y decirle: «No. ¡No! ¡No quiero! ¡Olvídelo!».

Cogí el paquete de manos del joven que trabajaba detrás del mostrador y se produjo algo en mi interior que hizo que sus ojos titubeasen, o quizás fueran los nervios, el corazón en la boca, latiendo y latiendo. El nerviosismo.

Me giré hacia la mujer:

—Desde luego —dije—. No tenemos ningún otro plan.

La esposa del director del banco sonrió con petulancia, protegida por su abrigo de piel. Estaba llena de vida. Que así sea, pensé: acabo de hacer feliz a alguien.

—¡Maravilloso, cariño! —gritó desde el otro lado de la plaza.

¡Por qué nunca aprenderé! Recoger paquetes, hacer las tareas diarias, montar en bicicleta, decir «hola» y «gracias»

como si fuese la cosa más extenuante del mundo. La gente llevaba a cabo todos los días actividades mucho más exigentes, y yo lo único que hacía era: uno, estar embarazada, y dos, montar en bicicleta e ir al centro a recoger paquetes, y ni siquiera podía arreglármelas con eso, ni siquiera podía apañármelas sin dejar ninguna huella en el mundo.

¿Soy? ¿Debo ser? ¿Seré un circo viviente? ¿Debería tener corazón? ¿Debo recordarle algo a la gente, sus propios sentimientos e ideas? ¿Tengo que ser una época viviente, que respira, que va en bicicleta a todas partes?

Dejé el paquete en la cesta de la bicicleta, el manillar osciló y me sentí decepcionada porque el recado en el centro ya había finalizado, y lo que tenía en mente, que ocurriese algo, que se me revelase un pensamiento, que naciese una frase poética después de hacer un gran esfuerzo, o que sucediese algo hilarante, algo estúpido, no llegó, no pasó nada. En mi cabeza no había ni una palabra, ni el inicio de un capítulo, ninguna novela; ningún personaje tomó forma. Nada.

Eran ya las dos cuando pisé el porche, pesada y enorme en mi cuerpo de trol. Estaba de nuevo en casa. Una casa que era el reino que compartía con Ted Hughes.

Y con Frieda. Se acercó a mí y apoyó su cuerpecito de un año contra el mío. Me anticipé a ella y le dije: «Mamá no puede cogerte, pesas demasiado». Casi le di una patada mientras intentaba quitarme el abrigo y dejarme puesto solo el suéter de lana.

Para mi gran sorpresa, vi que Ted estaba en mi estudio. Aunque no se había percatado de mi presencia, se levantó

de la silla, que estaba frente a la máquina de escribir, y bajó torpemente las escaleras.

—¿Estás escribiendo? —le pregunté. Parecía que le había pillado con las manos en la masa. Recurrí a mi sonrisa deslumbrante, esa que sobresale tan intensamente.

—He escrito unas cuantas líneas, sí —confesó—. Quieren que mande más material a la BBC.

Ese hombre alto y corpulento, con el pelo castaño, la cara alargada y la nariz afilada. La casa, tanto el piso superior como el inferior, estaba helada: necesitábamos encender el fuego. No me parecía bien que se hubiese puesto a escribir mientras yo estaba fuera y él libre; era yo quien en ese momento debería haber estado libre, libre en el centro, libre con mi bicicleta. Y sin embargo... Aun así, ¿se había dedicado a escribir?

—¿Cómo lo consigues? —le pregunté y me incliné hacia nuestra hija para sonarle la nariz—. En cuanto hago otra cosa durante un simple segundo, ella viene y tira de mí.

Ted se encogió de hombros.

—Como ya te he dicho, solo iba a escribir una frase.

Frieda tenía afecto y amor parental que recuperar, y pensé que podía sentir que había estado sola mucho tiempo. Ahora necesitaba a alguien. Se colgó de mi cadera, pero después del paseo en bicicleta me encontraba demasiado cansada.

—¿Has recibido un paquete? —preguntó Ted.

Olisqueé el paquete: había perdido su encanto. ¿Y qué?

—¿Eh? —dije despectivamente—. Solo son unas revistas que me manda mi madre.

—Suena encantador —dijo Ted—. Es bueno que tengas algo que te dé placer.

¿Hablaban en serio? Levanté la mirada hacia él. Debía de

estar bromeando. Tenía que ser un comentario irónico. No podía decirlo en serio... ¿De verdad pensaba que unas cuantas revistas femeninas de Estados Unidos iban a darme placer?

—Como ya te he dicho, no es nada —repliqué. Me puse en pie y sentí un violento impulso de apartar a un lado a Frieda, que se había amarrado a mi cadera como un cachorro a su hueso.

—Nos han invitado a cenar mañana —murmuré sentada en una silla, luchando por ponerme los calcetines de lana—. Quizás su casa sea más cálida. Los Tyrer. Me encontré en el centro con la esposa del director del banco.

—Entiendo —contestó Ted—. Entonces puedo revisar mis proyectos para la BBC con alguien que muestre un poco de interés.

¿Qué quería decir? ¿Qué clase de galaxia oscura y embarrada contenía lo que acababa de soltar por la boca? ¿Estaba cansado? ¿Estaba enfadado? ¿Acaso yo no tenía derecho a estar cansada y enfadada? Una mariposa ansiosa me atravesó aleteando. Llevaba al acecho todo el día y ahora sus frágiles alas me hacían temblar por dentro. La mariposa estaba encerrada, buscando la salida correcta, y se me incrustó directamente en la carne. Busqué una palabra.

—¿Ha dormido Frieda? —pregunté en cambio.

—No, ve y acuéstala tú —respondió Ted.

—¿Ha comido? ¡Son las dos!

—Hay beicon.

—¿Qué has comido tú?

—No tenía hambre.

Suspiré, abrí la escotilla de la chimenea del salón y arrojé un tronco sobre el lecho de brasas, pero no se encendió el fuego tal y como esperaba: por el contrario, el tronco sofocó las llamas y la chimenea se fundió en negro. La casa estaba helada. La matrona nos había dicho que en enero, cuando llegase el bebé, deberíamos tenerla más cálida.

—¡HA COMIDO BEICON EN EL DESAYUNO! —grité, y el bebé que tenía en la tripa dio una voltereta por el esfuerzo.

—¡Pues dale papel encerado, entonces! ¡Lo único que tenemos es beicon!

No obtuve respuesta.

—¡Estoy terminando un poema! —dijo Ted, impaciente; se levantó y cerró la puerta de la buhardilla tras él.

—Beicon —le dije a Frieda, y de repente sentí que me moría de hambre. Saqué la sartén del gancho, rendida totalmente al hambre. Una pequeña parte de mí se desbordó. Llevaba puesto mi amplio suéter azul cobalto, voluminoso como una tienda de campaña en mitad del estómago; no me hacía justicia. En la cima de la gran montaña (que era yo) se estaba formando una enorme mancha grasienta. Me detuve y la observé mientras se expandía por la tela. Empecé a llorar, gesticulando para ahuyentar las lágrimas, pero el llanto seguía allí y me escocía. ¡Maldito poema! La larga tira de beicon se había retorcido un rato en la sartén y ahora reposaba, tiesa y dura, en el plato. La corté para Frieda. La mordisqueó y puso cara de asco porque estaba áspera y excesivamente salada. La había cocinado demasiado tiempo. Cogí su plato, trinché otra tira de beicon flácido y la freí, bajando la llama debajo de la sartén.

Era responsabilidad mía enderezar las cosas.

Una vez, Frieda había sido pura e inocente y solo tomaba mi leche, leche que fluía de mis pechos y que yo no tenía del todo claro de dónde provenía. Leche. Leche blanca y tibia. Ahora mis pechos eran de nuevo enormes y sensibles, y este último trimestre había estado tan salida que había querido hacerlo todas las noches. Pero Ted no terminaba de entender lo que estaba haciendo. Hacía la cuchara con él, pero, como mi barriga presionaba su espalda, nunca llegábamos a tocarnos de verdad. Él suspiraba y me rechazaba. Yo me arrastraba hasta él, con las piernas y los brazos calientes y sudorosos, aunque en nuestra habitación hiciese frío.

Así que ahora come, criatura mía. Le di a Frieda la tira de beicon más blanda. Ella la chupó y se rio. Fue como si su sonrisa estuviese grabada en ella: quizás era un mecanismo de defensa, pensé, como una armadura contra la oscuridad que veía en sus padres, y su sonrisa sería el guardia que impedía su entrada. También pienso: Frieda es dura como una piedra. Nos sobrevivirá a todos.